



URÓBOROS
HISTORIA FUTURA
DEL MUNDO

Luis Eduardo Uribe L.

URÓBOROS
HISTORIA FUTURA
DEL MUNDO



Primera edición: agosto de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Eduardo Uribe L.

ISBN: 978-84-18366-58-1

ISBN digital: 978-84-18366-59-8

Depósito legal: M-20846-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Le dedico este libro a mi madre, Margarita,
y a mis hermanas y hermanos.
Siempre han estado ahí para apoyarme
sin importar mis defectos y errores.*

ACTUALIDAD. AÑO 1000

Según cálculos actuales, en nuestro calendario corre el año 1000 de la civilización. Centenares de construcciones antiguas y ruinosas asoman patéticas alrededor del mundo para decirnos, con su presencia melancólica, que existieron civilizaciones inteligentes en el remoto pasado. Sus vestigios nos advierten a gritos que la historia se repite.

Hasta hoy hemos aceptado, casi como acto de fe, aquello que la tradición oral y las Escrituras anónimas dicen sobre nuestros orígenes: que somos civilización pionera. Pero el documento que tengo en mi poder contradice esa historia y revela lo que realmente sucedió: hubo otras civilizaciones centurias atrás.

El dossier está escrito en lenguaje desconocido, y no contar con todos los folios me dificultó aún más su interpretación. Pasé días y noches, a veces sin dormir, en el empeño de descifrar los símbolos de la extraña lengua. Puedo adelantar, como dato relevante, que estamos en el año 3432 o 3434 de la era cristiana, tal como se denominaba el tiempo antes del tiempo. Aquella época corresponde a la primera venida del llamado Jesús de Nazaret, quien se declaró hijo de Dios, y que al parecer hizo grandes prodigios.

La historia actual nos enseña que nuestra era inició con el arribo del Creador a la Tierra. Hoy, con base en testimonio escrito que tengo en mi poder, concluyo que esta llegada de Dios es quizá la segunda venida de Jesús.

Sospecho que los acontecimientos que estamos presenciando actualmente tienen una siniestra relación con el contenido del documento, asunto que se entenderá más adelante. Siento que debo

continuar el testimonio y dejar constancia escrita de los hechos contemporáneos, y de los que amenazan con desatarse. ¿Por qué llegó a mis manos este dossier? La respuesta vino con los eventos precipitados posteriormente, así que todos aquellos que tengan la suficiente paciencia de leer este escrito lo descifrarán más adelante.

Confieso que, a pesar de estudiarlo hasta la repleción, el contenido del documento me confunde. Describe hechos extraños y revela datos de un conocimiento avanzado, muy diferente al nuestro. El expediente comprende alrededor de 400 años de sucesos ocurridos antes de comenzar nuestra era, lo que hace suponer que el escritor contó con fuentes verbales y escritas bastante confiables y cabales que le permitieron abarcar un lapso tan amplio.

Un colorido mapa, anexo al dossier, revela que siglos atrás el mundo estaba dividido por fronteras virtuales que formaban cerca de doscientas naciones. Era el llamado «Mapa geopolítico del siglo xx», según la descripción del documento. Difícil establecer con certeza cuándo fue escrito, pero estimo que fue hace alrededor de 700 años o más, asunto que complica su comprensión. Presenta especial dificultad entender la narración de los hechos acontecidos en los albores del siglo XXI de la contabilidad de los tiempos cristianos, contados según el mismo expediente.

Por su naturaleza y extensión, y por los acontecimientos actuales, considero pertinente dividir en tres partes la historia en cuestión. Un lapso que abarca el fin de los tiempos de las civilizaciones pasadas y una parte de la nuestra. La primera describe acontecimientos ocurridos desde principios del siglo XXI de la era cristiana hasta el año 2104, alrededor de una centuria. La segunda parte transcurre desde 2104 hasta el inicio de nuestra era, más o menos, el 2432 de la cristiana. Por último, en la tercera parte dejaré constancia de los sucesos que dieron origen a mi civilización y los hechos sucedidos en sus últimos 20 años, es decir, desde el año 980 hasta hoy. En mi diario procuraré atestiguar los acontecimientos en tiempo real, a partir de hoy; presiento serán sucesos lamentables para mi generación.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LA GUERRA DEL SIGLO XXI.

FIN DE UNA CIVILIZACIÓN

Así comienza el dossier: «Cuando en 2084 los viajeros de las misiones Adonay y Darwin arribaron al destino propuesto, se materializó un sueño milenarío del hombre: conocer el origen de la vida y constatar la existencia de Dios. Llegar al increíble destino fue una utopía *digna solo de mentes no científicas*, dirían los hombres de ciencia. Para los científicos que viajaban en las dos misiones, el hallazgo no era lo que esperaban. Sopesar las sobrecogedoras consecuencias de lo encontrado resultaba inimaginable para aquellos hombres y mujeres.

El peso de la reputación de hombre de ciencia que cargaba el doctor Roberto Castillo, líder de la nave Darwin, y algunos de sus colegas científicos, se impuso a sus sentidos y a la experiencia vivida durante aquel misterioso viaje. Era una realidad que contradecía las estructuras de pensamiento netamente científicas de los expedicionarios. Igual contrariedad desafió las mentes de los tripulantes de la nave Adonay, encabezadas por el doctor Senaya.

Para el doctor Castillo y algunos de sus compañeros de misión lo visto y escuchado no podía existir, no era lo que esperaban encontrar. Viejas historias que siempre creyeron *metáforas de ilusos y crédulos religiosos* se volvieron realidad ante sus asombrados ojos. Desde antes de terminar la secundaria, el doctor Roberto Casti-

llo decidió que cualquier ser, lugar o evento, no existiría si no era demostrable su existencia por métodos científicos, o explicado por el conocimiento adquirido por la mente humana con respaldo de las matemáticas, la física, la química o cualquier otra disciplina mediante ecuaciones o métodos verificables. «Si no hay pruebas empíricas no existe». ¿Hasta cuándo prevalecería este pensamiento después de lo sucedido? Esto estaba por descubrirse.

Para comprender lo sucedido durante las misiones del año 2084 debemos retroceder en el tiempo y narrar los sucesos que antecedieron a los viajes de las naves Darwin y Adonay. Sucesos que desembocaron en un renovado conocimiento científico y en un nuevo espectro geopolítico y social a nivel mundial. Una nueva civilización sin fronteras surgió después del apocalipsis del 2034. Un año que marcó el final de la más larga, cruenta y destructiva guerra que jamás había conocido la humanidad. En la resaca de la catastrófica autodestrucción, las investigaciones y desarrollos sobre el genoma humano, la ingeniería genética, la inteligencia artificial y el macrocosmos, sufrieron un receso obligado. El único objetivo de los supervivientes era sobrevivir.

Las 200 naciones del mapa geopolítico conocidas hasta 2034 desaparecieron de la faz de la Tierra. Las del norte fueron borradas físicamente por las bombas químicas y nucleares. Las del sur, que supervivieron a la guerra, sufrieron un cambio espontáneo que terminó con las fronteras y las divisiones. Sus antiguas denominaciones pasaron a reconocerse como zonas o regiones, según los antiguos nombres de cada país. El mapa geopolítico dejó de ser el de los últimos 70 años del siglo xx. Las dos comunidades sobrevivientes se denominaron a sí mismas Comunidad Suramericana y Comunidad Africana.

La estirpe de nuevos científicos, nacida tanto en Suramérica como en África, lograría en pocos años alcanzar los avances científicos y tecnológicos que no pudieron alcanzar las arrogantes generaciones de los siglos xx y xxi. El excepcional banco de información histórica y científica, formado tras muchos años de inves-

tigaciones a nivel mundial, solo pudo conservarse en los antiguos países del llamado tercer mundo.

La tarea de recuperar información en las devastadas zonas del hemisferio norte resultaría ardua para los escuadrones a cargo de los científicos de las misiones Adonay y Darwin.

La guerra se desarrolló así. Las denominadas grandes potencias del capitalismo, dominadoras del mundo por décadas, sucumbieron en tan solo diez años a sus propios errores, avances y ambiciones. Literalmente, desaparecieron del mapa con todo y sus habitantes. La escalada de terror se desató en tierra estadounidense desde septiembre 11 de 2001. Más de 3.000 personas murieron en la demolición provocada de las Torres Gemelas de Nueva York. Después vendrían otros ataques menos escandalosos, invasiones y descalabros financieros que sirvieron para que el sistema capitalista, encabezado por Estados Unidos de Norteamérica, demostrara que estaba hecho para proteger y salvar a los especuladores del sistema financiero, a los operadores de bolsas de valores y a las grandes corporaciones capitalistas del imperio, pues el gobierno gringo entregó a los titiriteros de la economía escandalosas sumas en dólares para paliar sus pérdidas. Dineros obtenidos de los impuestos y saqueos a otros países mediante artilugios económicos, financieros y políticos. Capitalismo salvaje, fue llamado ese proceso. Se evidenciaba que el sistema era un globo que inflaban y desinflaban a su amaño los poderosos del mundo. La democracia demostró ser el verdadero opio del pueblo. La religión solo era una cachimba más.

Fue a partir de 2025 que se desató el infierno en la Tierra. Un infierno donde el único ausente era el demonio, pues los hombres usurparon su puesto para desencadenar la guerra. El súper poderoso Estados Unidos de Norteamérica fue el primero en caer estrepitosamente, destrozado por dos fuerzas avasalladoras y letales que se imbricaron en mortal azar: las acciones belicosas de sus enemigos orientales, planeadas durante varios lustros, y los impla-

cables desastres de la naturaleza que se ensañaron con el imperio que gobernó el mundo desde el siglo XX. La portentosa tierra de Tío Sam sucumbió impotente ante las arremetidas de terremotos devastadores y huracanes arrasadores, aprovechados fortuita y astutamente por sus enconados enemigos: China, Irán, Irak, Corea del Norte y otros más. La fuerza de la naturaleza sirvió de arnés al odio entre hombres, que impávidos escalaban la cima del horror bélico.

El rencor y la venganza desplegados por los enemigos del gran imperio económico y militar fueron tan brutales y despiadados, que borraron todo vestigio de esa orgullosa sociedad. Para las hordas asesinas no parecía ser suficiente derrotar al gigante de Norteamérica. Su sed de muerte y destrucción era tal, que, enceguecidos por el odio, corrían como estampida salvaje demoliendo todo cuanto encontraban en su escalofriante paso, matando todo ser vivo que hallaban en su atroz arremetida. Se ensañaron con increíble brutalidad con los niños y los animales domésticos. No hubo botín de guerra. El rey de la civilización de la era tecnológica y la informática ardió por meses con sus despiadados enemigos a bordo. En su desenfrenado exterminio, los invasores no protegieron ni se sirvieron de barcos o aviones para abandonar el asolado territorio. Muchos historiadores, que años después documentaron las causas y consecuencias de la pavorosa guerra, concluyeron que los deseos de los bárbaros enemigos del norteamericano país estaban lejos de atacar, destruir y huir. Se trataba de devastar, exterminar y morir. Era el culmen de su despiadado estilo, el de los abominables atentados suicidas.

En el fragor de la guerra México debió resignarse a perder el norte de su territorio, mientras Canadá y Alaska perecían sin remedio por las bombas aniquiladoras lanzadas por la coalición chino-árabe. Las fronteras mexicanas fueron inundadas por olas de estadounidenses, que, asombrados y aterrados ante lo que consideraban imposible, buscaron refugio en su vecino del sur. Muchas de las fuerzas militares americanas se replegaron hacia el país de la

Virgen de Guadalupe, creyendo que lograrían escapar de su juicio. Ni autoridades ni nativos mexicanos pudieron impedir el tsunami de soldados desertores y víctimas aterradas. Solo el muro, construido años atrás por los mismos estadounidenses para detener a los inmigrantes ilegales y cortar el tráfico de drogas que subía desde el Sur, detuvo el paso de millones que perecieron pisoteados y aplastados en la estampida demoledora de las máquinas de guerra, de soldados aturdidos por la devastación y millones de refugiados que corrían pavoridos, esta vez desde el septentrión. Los descendientes aztecas terminaron arrastrados por el incontenible aquilón cargado de destrucción y miedo, y solo se detuvo después del cataclísmico arrasamiento sufrido por la colosal metrópoli mexicana que oficiaba como capital de los *manitos*. Nadie supo en realidad por qué la avalancha humana paró justo allí.

Hubo quienes creyeron que el rápido despliegue de algunas fuerzas militares de los estadounidenses hacia México era una estrategia para engañar a los invasores, con el objetivo de rearmarse y atacar al enemigo por otros flancos. Quizá los refugiados creyeron que su ejército recuperaría el país, y por eso se detuvieron en México. Sin embargo, esta supuesta estrategia terminó por beneficiar los planes de la brutal fuerza invasora.

Los chinos, poderosa nación de la coalición que destruyó Estados Unidos, ubicaron solapadamente en Suramérica y Centroamérica una avanzada para el ataque. Usaron la antiquísima estrategia de lenta infiltración conocida desde el siglo x, cuando los antepasados esteparios invadieron desde el norte a su enemigo para tomar el poder *in situ*. El objetivo de la coalición enemiga era tener un ejército de infiltrados cerca del coloso capitalista, con el propósito de apoyar las fuerzas aerotransportadas y marítimas que llegarían para desatar el infierno en tierra gringa. Surgieron desde el sur con inusitada rapidez y atacaron a las fuerzas estadounidenses acantonadas en México. Estos infiltrados nunca fueron detectados. En el mortal ataque en tierra mexicana murieron centenares de miles de refugiados norteamericanos y nativos.

Los sobrevivientes huyeron en dirección sur. Millares murieron de hambre en el intento.

La denominada Unión Europea, convencida de que la derrota del gigante americano le traería de regreso la hegemonía mundial, terminó invadida y asolada por la temible coalición chino-árabe. La destrucción en Europa fue tanta o más devastadora que la sobrevenida a la opulenta Unión Americana. Los bandos en conflicto se olvidaron de Latinoamérica. En realidad, eso no era nada nuevo. Esta vez la acostumbrada indiferencia representó la mano poderosa y salvadora que evitó su destrucción. Rusia, cuyos políticos maliciosamente suelen no pertenecer ni a Dios ni al diablo, fue depreciada por chinos y árabes. Los rusos, torpemente, creyeron fortalecerse en su neutralidad. Rusia sucumbió sin remedio a la embestida de las fuerzas en conflicto.

La arrogante humanidad, orgullosa de sus conocimientos y avances científicos, no ha aprendido que moralmente ninguna guerra ofrece ganadores. Vencidos y vencedores son igualmente perdedores, y en esta contienda tal axioma fue más allá de lo moral. Las distintas coaliciones sucumbieron a la más inhumana de todas las guerras conocidas. Aunque en principio la alianza chino-árabe dominó la cruenta conflagración bélica, finalmente terminaron enfrentándose. La batalla final formó tres poderosos bandos después de la destrucción de los Estados Unidos de América: Europa, China y los árabes. Todos eran enemigos entre sí. Finalizada la guerra, más por sustracción de materia que por rendiciones, acuerdos, o pactos, los historiadores de la posguerra concluirían que la unión de dos milenarias culturas tan radicales y opuestas como la china y la árabe jamás alcanzaría éxito.

América no fue la única en padecer los rigores del conflicto. África vio morir el norte de su territorio. La cercanía a Europa y la participación de países como Egipto, Libia y Marruecos en la contienda, comprometieron algunas regiones y países que por aquel entonces vivían en la más extrema pobreza, obligando a sus habitantes a un penoso desplazamiento hacia el sur del continente.

La división geográfica de inicios del siglo XXI desapareció, dando origen a una configuración social y política espontánea, de iguales características a la de Suramérica. Si América del Sur vio llegar cerca de tres millones de refugiados nortños, África vio arribar otro tanto de europeos y asiáticos.

Oceanía, principalmente Australia, sufrió a medias. Los grandes centros urbanos fueron devastados por el comando chino del sur. Desatada la desesperada huida hacia zonas selváticas por parte de la diezmada población australiana, los invasores instalaron rigurosos centros de control en puntos estratégicos del país. El objetivo era evitar la salida de nativos y la entrada de suministros y alimentos. De esta forma se apoltronaron con cínica crueldad a esperar que la gente muriera de hambre. Las esperanzas para estas personas eran nulas. Sus amigos y aliados, Estados Unidos de América y Europa, padecían su propia desgracia. Los ejércitos se desplazaron en dirección sur desde China, luego de sangrientas escaramuzas que aniquilaron la débil resistencia del Japón, objetivo que alcanzaron con ayuda de lo que sobrevivió de Corea del Norte, que meses atrás había invadido a su hermana del Sur. El resto fue sencillo. Naciones como Tailandia, Indonesia y Pakistán tomaron partido con la coalición invasora. India fue devastada sin piedad. Desde su histórico enemigo pakistaní fueron lanzadas las bombas que asolaron a los hindúes. La miseria y el hambre acabaron por derrotarlos. Los millones que sobrevivieron al ataque fueron alimento de voraces bestias después de caer doblegados por el hambre. El hedor profundo de la muerte se extendió como pestilente nube por toda Asia.

Apagadas las aniquiladoras y profetizadas contiendas, la humanidad sobreviviente contempló desde el olvidado hemisferio sur la desaparición de la civilización del norte. Idiomas como inglés, francés, italiano, alemán, mandarín y árabe, desaparecieron fulminadas por el resoplido de la muerte que insaciable silenció a sus hablantes durante la mortífera guerra, con las consecuentes hambrunas y epidemias. La disminuida población superviviente de europeos, americanos y asiáticos debió adaptarse a nuevas len-

guas dominantes. Vieron naufragar su cultura en los océanos de la guerra y el olvido. Sus milenarias lenguas perduraron por poco tiempo en la intimidad de las familias. En Sudamérica prevalecieron el español y el portugués. En África, la diversidad de dialectos e idiomas dificultó la comunicación por un tiempo. Sin embargo, una espontánea ola unificadora, impropia de este continente, los condujo a una sola lengua autóctona: el suajili.

Una humanidad acrisolada resurgía de las cenizas. El nuevo comienzo, en el renaciente mundo, resultaba esperanzador. Pero el engaño se vistió de indiferencia y se camufló entre la ilusión de los mortales en preparación de su próximo y letal paso. Ya no había saqueadores vestidos de conquistadores, tampoco inútiles y ociosos reyes y virreyes, y mucho menos emperadores disfrazados de presidentes. En silencio, sin dictadores escandalosos mimetizados con ropajes demócratas, sin facciosos monárquicos eternizados en una contradicción revolucionaria cargada de ansias de poder, sin túteres de imperios ominosos ni líderes que disfrazaron su miseria humana con altanerías y bravuconadas, los habitantes de Suramérica acogieron a los refugiados de los desaparecidos países que morían ahogados por el humo ponzoñoso de la codicia y el odio desbordado de las bestias humanas.

Sin pactos falaces, la necesaria y natural unión renació. Poco a poco floreció una comunidad sin fronteras. Una sociedad que borró de su memoria siglos de ominosas y macabras confrontaciones fratricidas. Conflagraciones paridas por la vanidad de líderes que tendieron tapetes rojos con la sangre de jóvenes soldados para satisfacer su megalomanía. No hubo constitución política al amañó y tamaño de nadie, tampoco taimados pactos cargados de cláusulas leoninas entre gigantes y enanos. Solo hubo, en principio, hermandad, solidaridad y cooperación.

El mapa geopolítico cambió. Las fronteras fueron borradas y las naciones dejaron de ser lo que eran. Atrás quedaron los países constituidos después de las acciones libertadoras de Simón Bolívar, José de San Martín y demás próceres de la independencia. Comenzó una sola gran comunidad.

Diez años después se establecieron normas de convivencia para la naciente sociedad civil que corría el riesgo de sucumbir, como cualquier sociedad de hombres y mujeres, a las amenazas de la sociedad natural regida por la ley del más fuerte. Nadie deseaba correr ese retardatario riesgo. Aunque la humanidad supérstite aún no superaba la resaca moral y física de la escalofriante destrucción, era de esperarse que en un futuro no muy lejano las pasiones humanas resurgirían irremediabilmente.

Durante los primeros años, la nueva generación creció al amparo de una libre y desinteresada educación. Las interacciones sociales nacían sin ser calculadas o predeterminadas por titiriteros hipócritas y ambiciosos. El orden mundial surgía espontáneo y mágico. No había planes, programas, foros o discusiones acerca de qué era lo mejor para los demás. La sociedad estaba libre de expertos. La novel humanidad creció sin condicionamientos dictados por eruditos sabelotodo. Una sincera humildad brotó de este renovado árbol de humanidad. Sus retoños se abonaron con el estiércol de la guerra, y contrariamente a lo que los eruditos de la antigua civilización dictarían, los frutos fueron carnosos en inteligencia e incalculable conocimiento. Esa amalgama de culturas y razas, venidas de diversos partes del mundo, trajeron creencias y descreimientos variopintos. Los dogmas y la fe se cultivaron y respetaron individual y colectivamente, sin imposiciones ni juzgamientos humanos. La nueva civilización avanzó sin prejuicios, sin discriminaciones.

